



Era el tópico de las primeras medias mañanas soleadas del buen tiempo de la primavera, y luego, de los atardeceres del otoño. Culminaba en los fríos, junto al amor de la lumbre de aquel fuego bajo en las chimeneas de las casas antiguas. Era, el rito ancestral consecuente de la tradición transmitida de generación en generación, de padres a hijos varones. Y se tenía a galardón, conseguir las obras manuales más singulares, tanto en logros previstos, como en haber preparado y acondicionado para resguardarse de los golpes, aquellas redomas de vidrio, -vasijas anchas en su fondo, globalizadas o semiesféricas, que van angostándose hacia la boca-, que quedan convertidas por el aditamento de la pleita, en garrafas de distintas capacidades. Con sus asas y elementos de agarre, para el almacenamiento de vinos, aceites, o cualquier otro líquido de uso muy frecuente en el hogar. Paralelamente, era esa especie de indiferencia contra el tiempo, de aquellos hombres mayores que, tocados con sus gorras de visera y enfundados en su traje de pana, fumaban plácidamente, de vez en cuando, algún cigarrillo construido por y para la tradición y con la parsimonia que encerraba el mismo.

La pleita de esparto, machacado, peinado y preparado para construir la labor más propicia a las necesidades que demandaba el hogar, era en principio, como pauta previa a los insertos de unas y otras. Según el objeto a recubrir, -ó a construir-, era de distintos grosores, longitudes y anchuras, estableciendo el dibujo que podía llevar en su superficie, que según el uso a que estaba destinada la vasija o el contenedor, podía constituir una auténtica obra de arte, mezclando y entretejiendo labores finas de otras hojas de plantas afines. Desde las más elementales de las labores, sogas, cuerdas, cordelillos, hasta la fina ejecución de la planta de las alpargatas, que según fueran para mujer u hombre, eran distintas en la fineza de sus ejecuciones. Luego, se le pondrían las caras de lona, bordadas con distintos y vistosos colores en las femeninas, y simplemente blancas, con sus cintas para atarlas al pie, en las masculinas: en el talón, también quedaba aquella tira con oquedad en media luna, destinada a la refrigeración. Amén de las que se construían totalmente de ese esparto bien picado, dándole como tiras abiertas en la cara anterior, que permitían aun mayor aireación del pie de quien las llevara. En fin, ese sinnúmero de manualidades de utilidades caseras o agrícolas que elaboraban, mientras se oía el trino de los pájaros, y el sol agradable, tibiamente, calentaba los cuerpos gastados de aquellos hombres que volaban en su imaginación hacia otros derroteros; mientras, sus manos, inspiradas en la tradición y la costumbre, iban dejando en el

Aquellas cosas de esparto

aire de sus dedos, obras que llevaran el sello, el sueño, y a veces, el cumplimiento de un deseo no conseguido en los momentos de una instancia trascendental.

¡Aquellas cosas de esparto! Eran el principio de todo un poema social, que se pronunciaba en el silencio de sus ejecuciones por el mas anciano de la familia, después de haber heredado la secuencia de sus antecesores. Del esparto, planta muy abundante en la península ibérica y especialmente en España, se han encontrado vestigios de los elementos y útiles usados para elaborarlo desde el período neolítico; consecuentemente, la costumbre, el modo y la particular tecnología casera de su elaboración, tienen su origen en las provincias de la mitad de España, hacia el sur, donde se trabajaba manualmente con modos y maneras ancestrales; después de ser **cocido** y **secado**, tiempo que duraba unas cuatro semanas para cada una de estas operaciones, se sometía al **picado**, o sea, fase en la que los haces recolectados eran machacados para desprender la parte inservible y obtener una fibra limpia, lisa

Ese sinnúmero de manualidades caseras o agrícolas calentaba los cuerpos gastados de aquellos hombres que volaban en su imaginación hacia otros derroteros

y sensible a las operaciones de manipulación que se pretendían. Esta operación de picar el esparto se realizaba con la **maza** de madera, fuerte como la de encina, sobre lajas de piedra caliza en el **machacadero**, en la que el picador tomaba la maza por el astil, manejando los manojos o haces, con la mano protegida por la **manopla**, una pieza protectora de cuero grueso. Aquí, en Albacete, al final de la calle Padre Romano, existió una instalación de grandes dimensiones

para el picado industrial del esparto, famosa por los monótonos ruidos de los mazos, y sobre todo, -por desgracia-, por algunos accidentes que sufrían por aquel entonces, mujeres y hombres que prestaban sus servicios en la misma.

El esparto picado, según el uso posterior al que se destinaba, se trenzaba en cuerdas o guitas de tres cabos para elaborar alpargatas, o de cabos múltiples para cuerdas gruesas. De cualquier modo, con el esparto se fabricaron, esteras, serones, serillos, aguaderas, bozales, albardas, alpargatas, cuerdas, atillos, sogas, espoches, espuestas, frontiles, asientos de sillas, soplillos y otros muchos adminículos más. Tantas cosas simpáticas y útiles, que se podrían definir, como un bien de cultura y artesanía, con tradición milenaria. Uno de los característicos recipientes contruidos con esparto era la **atocha**, nombre que adoptó la estación de ferrocarril de Madrid, porque allí eran utilizados, para el acarreo de mercancías, los capazos contruidos con esta fibra vegetal, así llamados.

Costumbres, usos y vivencias de aquellos entonces, que son bonitas de evocar, paseándolas en la calesa de la memoria de los recuerdos, para vernos en el estrato de entonces. ¡Cosas de la vida!



Martín
Giménez
Vecina